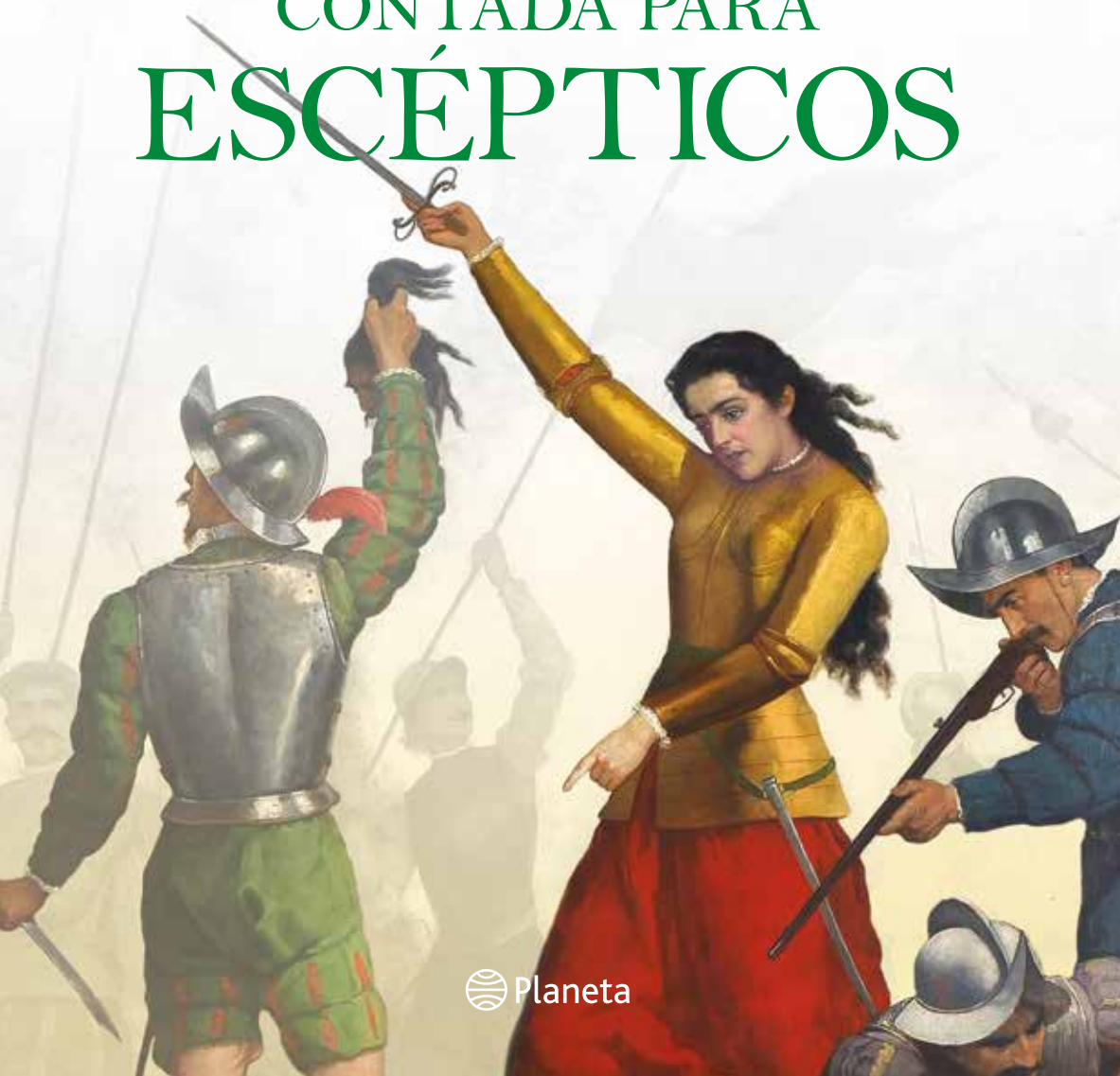


Juan Eslava Galán

LA
CONQUISTA
DE AMÉRICA
CONTADA PARA
ESCÉPTICOS



JUAN ESLAVA GALÁN

LA CONQUISTA DE AMÉRICA
CONTADA PARA ESCÉPTICOS

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Juan Eslava Galán, 2019

Derechos cedidos a través de Silvia Bastos, S. L., Agencia Literaria

© Editorial Planeta, S. A., 2019

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

www.editorial.planeta.es

www.planetadelibros.com

Iconografía: Grupo Planeta

© de las ilustraciones de las guardas: © Gradual Map

© de las ilustraciones del interior, archivo del autor, © Icastro, © De Agostini / G. Dagli Orti / Album, © Fine Art Images / Album, © DeA Picture Library / Album, © Silvia B. Jakiello – Shutterstock, © Science Source / New York Public Library / Album, © Philip Lange – Shutterstock, © Victor Couto - Derechos Reservados, © De Agostini Picture Library / Getty Images, © Lotus_studio – Shutterstock, © Oronoz / Album, © Jose Galveia – Shutterstock, © Sol 90 / Album, © British Library / Album, © The History Collection / Alamy, © Gradual Map, © Metropolitan Museum of Art, NY / Album, © Erich Lessing / Album, © Culture Club / Getty Images, © Mary Evans / Library of Congress / Age, © akg-images / Pictures From History / Album, © Florilegius / Album, © James Sugar / Nat Geo Image Collection, © Universal Images Group / Universal History Archive / UIG / Album, © NYPL / Science Source / AGE, © Megapixeles.es – Shutterstock, © Werner Forman / UIG / Age, © sfgp / Album, © Album, © Biblioteca Nacional, Madrid, Spain / Bridgeman Images / AGE, © akg-images / British Library / Album, © Morenovel – Shutterstock, © The Picture Art Collection / Alamy, © National Museum of Anthropology of Mexico City, Mexico City, Mexico DF, Mexico Clickalps SRLs – AGE, © J. Enrique Molina / Album, © Universal Images Group / Werner Forman / Album, © Joseph Martin / Album, © Art Collection 3 / Alamy, © D. Bayes / Lebrecht Music & Arts / Album, © akg-images / Album, © Museo Nacional de Arte de México / Album, © Stock Connection Blue / Alamy, © Costa Rodrigues – Shutterstock, © akg / North Wind Picture Archives / Album, © Robert Harding / Peter Groenendijk / Album, © Ivan_off – Shutterstock, © Granger, NYC / Album, La Fundación de Santiago de Chile, Pedro Lira, © Museo Histórico Nacional de Santiago, Chile, © Historic Images / Alamy, © Prisma Archivo / Alamy, © akg-images / Fototeca Gilardi / Album, © Museo Arqueológico, Madrid, España / Album, © Museo Nacional de Antropología, Madrid, España / Album, © Universal Images Group / Christophel Fine Art / Album, © Dorling Kindersley / Getty Images, © akg-images / Mel Longhurst / Album, © 2019. The Trustees of the British Museum / Scala, Florence, © Pablo Costa – Shutterstock, © Thierry Monasse / Getty Images, © M. Timothy O'Keefe / Alamy, © meunierd – Shutterstock, © Antonio Díaz

Primera edición: mayo de 2019

Depósito legal: B. 9.033-2019

ISBN: 978-84-08-20931-7

Preimpresión: J. A. Diseño Editorial, S. L.

Impresión: Unigraf

Printed in Spain – Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**

Índice

LIBRO I Un nuevo mundo

1. Ruina en Venecia	15
2. Las tan necesarias especias	20
3. Carabelas en África	23
4. La factoría de la Mina	30
5. Juego de tronos	34
6. Un quídam llamado Colón	39
7. Antes que Colón	44
8. ¿Vascos o andaluces?	47
9. El mapa de Toscanelli	50
10. Colón en La Rábida	53
11. Vuelva usted mañana	56
12. La orilla de las tres carabelas	60
13. Alba de América	63
14. Hamacas de Santo Domingo	65
15. ¡Oro, oro, oro!	71
16. Colón, como pollo sin cabeza	74
17. Dos zorros negocian	84
18. El sueño de Andrés Medina	87
19. Rumbo a América	91
20. El <i>gourmand</i> a bordo	103
21. Entre caníbales	108

22. Tragedia en el fuerte Navidad	114
23. Pulseras para un rebelde	121
24. La carrera por la especiería	127
25. Colón en el paraíso terrenal	133
26. Los esclavos	137
27. El pesquisidor Bobadilla en La Española	140
28. Los portugueses en la especiería	144
29. Huracán del Caribe	146
30. Luchando contra los elementos	150
31. Dios habla a Colón	155
32. Náufragos en Jamaica	158
33. Colón hace un milagro	162
34. La Casa de Contratación	168
35. ¿Tenemos derecho?	171
36. El sermón de Montesinos	174
37. Las Leyes de Indias	177
38. La extinción de los taínos: ¿etnocidio o pandemia?	181
39. Barbacoa de españoles	184
40. Fíese usted del servicio	192
41. El Río de la Plata	194
42. El requerimiento	198
43. Bonoso Cantero, encomendero	203
44. El arma secreta de los conquistadores	208
45. Balboa descubre el mar del Sur	213
46. Arjona en Tierra Firme	220
47. La cara menos cordial de la conquista	227
48. Sobre los venenos indios	230
49. Batalla con la indiada	232
50. La guerra de los mundos	244
51. Españoles en Cuba	246
52. Un santo sin altar	249

LIBRO II

Pirámides de escalones

53. En Tierra Firme	259
54. <i>Mí no comprende</i> (Yucatán)	262

55. Otro mundo inexplorado	272
56. La expedición de Juan de Grijalva	276
57. El banquete de Moctezuma	284
58. La expedición de Cortés	288
59. Una salida atropellada	292
60. La civilización maya	297
61. Tres cuchilladas en la ceiba	307
62. La Malinche, un regalo exquisito	311
63. Chocolate con churros y ¡viva México!	317
64. Llegan los <i>teules</i>	321
65. Con el corazón en la mano	328
66. Los abusones mexicas acogotan a sus vecinos	332
67. Un pronunciamiento encubierto	337
68. El Cacique Gordo se deshace en atenciones	342
69. Todo lo trascendíamos; todo lo queríamos saber	345
70. La contienda de las armas	349
71. Perros de guerra	356
72. Voy camino de México	360
73. Bajo el volcán	374
74. La diosa Mictecacihuatl llora sobre México	378
75. Las delicias de Capua	388
76. Altares de calaveras cara al sol	394
77. Rebelión en la costa	398
78. Los juegos de Moctezuma	403
79. Europa admira el oro mexicana	407
80. ¡Que viene Narváez!	411
81. La caravana maldita	417
82. Fiesta en el zócalo	421
83. La muerte de Moctezuma	427
84. La Noche Triste	430
85. El penacho de Matlatzincátzin	439
86. Al sol de Tlaxcala	446
87. La muerte misteriosa	451
88. Un enviado real	468
89. ¿Dónde está el oro?	470
90. Cuauhtémoc, héroe mexicano	474
91. La Nueva España	477

LIBRO III
El oro inca

92. El mentidero de Panamá	483
93. La gazuza extrema	488
94. En el infierno verde	494
95. Pizarro en la corte	502
96. La corona del inca	506
97. En Cuzco, con el soroche	509
98. Las vírgenes de Caxas	519
99. En la tienda del inca	526
100. Madrugar «a la serpiente»	532
101. Españoles en el Incario	543
102. La ejecución de Atahualpa	546
103. Almagro hace las maletas	550
104. La rebelión del inca Túpac Hualpa	555
105. Canela en rama	558
106. <i>Hermoso río</i> , dijo Orellana	562
107. Muerte de Pizarro	567
108. Valdivia y su brava novia	578
109. La aventura equinoccial de Lope de Aguirre	581
110. Los virreinos	598
111. ¿Depredadores o civilizadores?	600
112. La independencia y el exterminio de los indios	608
113. Indigenismo <i>versus</i> hispanidad	613
<i>Epílogo</i>	618
<i>Agradecimientos</i>	620
<i>Anexo. «Pedimos perdón», por Serafín Fanjul</i>	621
<i>Bibliografía recomendada</i>	625
<i>Documentación</i>	640
<i>Índice alfabético</i>	641

Ruina en Venecia

Jacobo van Dale, cónsul de los mercaderes de Brujas, contemplaba distraídamente desde su góndola el desfile de los magníficos palacios alineados a un lado y a otro del Gran Canal. Estaba hermosa Venecia aquella mañanita de mayo del año 1462.

¡Venecia! Enormes galeazas de carga llenaban el horizonte aguardando turno para arrimarse a los muelles de la Riva dei Sette Martiri; las madrugadoras góndolas iban y venían llevando fardos y pasajeros; las gaviotas surcaban veloces el azul; los gatos dormitaban entre las almenas del Palacio Ducal; las culebras desovaban en el blando limo de las bocas del Lido...

Desde su observatorio fluvial, el cónsul Van Dale admiraba la cotidianeidad inmutable de aquella ciudad que, gracias al comercio, había alcanzado la categoría de gran potencia, la Serenísima...

Recordó sus primeros días en Venecia, adonde llegó de su brumoso norte cuando apenas cumplía veinte años. Ahora tenía sesenta, y todo parecía tan inmutable como si se hubiera detenido el tiempo. Sin embargo, el instinto le avisaba de que algo había cambiado y para peor. De sobra sabía, por pasadas experiencias, que aquel sexto sentido le anticipaba los problemas.

Sumido en inquietantes pensamientos, Van Dale volvió a la realidad cuando la góndola tocó el poste de amarre del embarcadero de la Vergine, entre panzudas naves cargueras de la Hansa y airosas galeras locales, y el gondolero avisó: *Siamo arrivati, nobiluomo*, mientras le tendía la mano para ayudarlo a desembarcar.

Jacobo van Dale se abrió paso entre los estibadores que descargaban fardos y cajas de una galeaza, penetró en el almacén de Marco da Rismini y aspiró con placer el intenso olor a cuero nuevo y especias que flotaba en el ambiente. Conocía el camino. Una ancha rampa de piedra conducía al piso noble, el destinado a sedas, incienso y productos de más valor. En la oficina, media docena de amanuenses y contables trabajaban en pupitres dispuestos en torno a una enorme mesa central sobre la que se apilaban libros de cuentas, asientos de mercaderías y ábacos.

Marco da Rismini despidió al escribiente al que atendía en ese momento y salió al encuentro del visitante con una ancha sonrisa profesional.

—¡Qué agradable sorpresa, amigo Jacobo! —lo saludó con un breve abrazo—. Pasa a mi despacho y cuéntame cómo van las cosas. ¿Qué te trae por aquí?

Amable y directo a la manera veneciana.

Era una espaciosa sala con las paredes repletas de estanterías en las que se archivaban los legajos de seis generaciones de prósperos mercaderes. Un amplio ventanal emplomado iluminaba la estancia y permitía vigilar el puerto y los muelles.

Los dos hombres tomaron asiento en sendos sillones fraileros con los respaldos repujados con el símbolo de la compañía, una garza que sostiene un pez en el pico.

Jacobo van Dale extrajo de su faltriquera una cedula y la entregó al mercader, quien se ajustó sobre la nariz sus anteojos para examinarla.

—¿Qué está ocurriendo, Marco? —protestó el agente de Brujas sin esperar a que el otro acabara su lectura—. Te pedí cien libras de pimienta y me concedes solo veinte, y las treinta de clavo las reduces a cinco. Y subes el precio casi el doble. ¿Nos hemos vuelto locos o qué?

El veneciano asintió grave y devolvió la nota a su interlocutor.

—Y aun así he reducido mis beneficios a la mitad, amigo Jacobo —confesó—. La situación es desastrosa. Cada vez nos llegan menos especias y más caras. Los almacenes están vacíos, compruébalo. No nos llega género.

—Las especias se están vendiendo mejor que nunca —insis-

tió Jacobo—. La gente tiene dinero y quiere gastarlo. ¿Vamos a perder ese negocio? ¿Es que nos hemos vuelto locos?

Suspiró el veneciano como quien debe armarse de paciencia para explicar, una vez más, lo evidente.

—Los tiempos han cambiado, amigo Jacobo. El manantial del que nos surtíamos se agota. El mercado de Constantinopla está cerrado desde que los otomanos tomaron la ciudad.

—Hay otros mercados —dijo Jacobo.

—Antioquía y Alejandría —reconoció Marco—. Pero también ellos reciben muchas menos especias de las que solían.

—Será porque se desvían a otros puertos —protestó Jacobo.

—Como bien sabes, mi familia dispone de cónsules y agentes en Trípoli, Túnez y Argel —explicó el veneciano—. También allí escasean las especias. Esto tiene difícil solución, amigo mío. Te explicaré una cosa.

Marco tomó de una estantería un pergamino de becerro y lo desplegó sobre la mesa. Era un mapamundi.

—Estas son las tierras del mundo —dijo abarcando con un gesto todo el mapa—. Nosotros estamos aquí —posó la palma de la mano sobre el Mediterráneo—, nuestro mar interior. Esto de aquí es Asia y esta parte que lame el mar, la India, donde está la *especiería*. Esta es Catay —China—, y esta, donde termina la tierra, la isla de Cipango —Japón—, los lugares a los que jamás llegó un cristiano, si exceptuamos a Marco Polo. Todo esto que rodea las tierras es la mar oceánica. —El veneciano indicó el espacio azul que rodeaba la tierra—. Entre la India, donde radica la especiería, y el Mediterráneo se extiende todo este inmenso desierto. Antes lo atravesaban las caravanas con licencia del Imperio tártaro del gran kan, al que pagaban tributo, y así llegaban a Bizancio, que recibía las especias y nos las vendía a venecianos y genoveses.

—Para que vosotros las revendierais al resto de la cristiandad con pingües ganancias —añadió el flamenco con irónica sonrisa.

—Ese es el fundamento del comercio, amigo Jacobo, comprar a un precio y vender con beneficios —replicó Marco sin inmutarse—. Lo que quiero decirte es que el Imperio tártaro se acabó. Ahora no hay gran kan que gobierne a los tártaros, sino muchos señores que se hacen la guerra entre ellos mientras los

caminos y las antiguas rutas de caravanas están infestadas de bandidos. Se acabaron las caravanas. Súmale a eso que los otomanos que conquistaron Bizancio son tan fervientes de Mahoma que se niegan a comerciar con cristianos.

—¿Permaneceremos de brazos cruzados? —preguntó el cónsul de Brujas—. Algo podremos hacer. ¿No hay otra manera de llegar a la especiería?

—La hay, pero no es viable. La tierra es redonda como una manzana, amigo Jacobo. Enfrente de Europa están Japón y China con el océano de por medio. Atravesándolo podríamos llegar a la India y a la especiería.

—Si es tan fácil, ¿por qué no enviáis vuestros cargueros por ese camino?

—Lo hemos descartado: el océano es demasiado ancho. —Posó la mano en el espacio azul del mapamundi—. Si una nave intentara atravesarlo, la tripulación agotaría las reservas de agua y perecería de sed.

Van Dale asintió gravemente.

—También podría llegarse rodeando la isla África —repuso señalando el posible camino—. Macrobio, el romano que probó la esfericidad de la Tierra, sostiene que África tiene forma cuadrada y solo alcanza hasta el ecuador. ¿Para qué le sirven a Venecia tantas galeras?

—Imposible también —dijo Marco—. Ya lo intentaron los hermanos Vivaldi y sucumbieron.¹ Por algo ese mar es conocido como *Tenebrosum*.

1. En 1291 los musulmanes conquistaron San Juan de Acre, la última posición de los cruzados en Tierra Santa, lo que desconcertó el comercio con Oriente (algo parecido a lo ocurrido cuando los turcos conquistaron Constantinopla en 1453). Ante las dificultades para obtener especias, los patricios genoveses tuvieron la idea de abrir una ruta alternativa por mar. Para ello armaron dos galeras, la *Sanctus Antonius* y la *Alegranzia*, al mando de dos expertos pilotos, los hermanos Ugolino y Vandino Vivaldi, para que llegaran *ad partes Indiae per mare oceanum*, «a la India por el océano». Los exploradores pasaron el estrecho de Gibraltar y se adentraron en el océano, probablemente con la intención de costear África, pero no se volvió a saber de ellos. Desaparecieron sin dejar rastro.

El veneciano buscó en los estantes un manuscrito bellamente encuadernado en cuero rojo, lo puso sobre el atril y separando las páginas que estaban señaladas con una cinta leyó:

Es un mar vasto y sin límites, en el que los navíos no se atreven a alejarse de la costa, porque aunque conocen la dirección de los vientos, no pueden saber adónde podrían llevarlos, porque no hay un territorio habitado más allá y correrían el riesgo de perderse entre las brumas y las tinieblas.

—¿Quién dice eso? —inquirió el flamenco.

—Un sabio moro llamado Ibn Jaldún, que bien conocía aquellas aguas —explicó el veneciano—. Aparte de esto, has de saber que, cerca del ecuador, el océano está poblado por serpientes gigantescas y voraces que pueden enredar entre sus anillos a una galeaza y arrastrarla al fondo. Además, las aguas en esas latitudes son tan calientes que hierven hasta derretir el calafateado de las naves y las echan a pique.² Tengo entendido que en Portugal hay un príncipe loco que se ha propuesto llegar a la India rodeando África, pero sin duda fracasará como fracasaron los Vivaldi.

2. La idea del aumento de la temperatura según se desciende de latitud procedía de Aristóteles, autoridad indiscutible en la Edad Media. Según sus cálculos, a uno y otro lado del ecuador de la Tierra se extendía una zona *perusta* o tórrida que aislaba el hemisferio norte del hemisferio sur, haciendo imposible la vida a causa del calor.